

Paloma Díaz-Mas

Lo que aprendemos
de los gatos



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Xic, foto © Paloma Díaz-Mas

Primera edición: septiembre 2014

© Paloma Díaz-Mas, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9780-7
Depósito Legal: B. 14317-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A un caballero que lloró con su esposa una pequeña pérdida

Pasaron por nuestras vidas cautelosos
como quien pisa sobre almohadillas de algodón;
capaces de andar sobre vidrio sin quebrarlo,
de rozar una copa sin derramar una gota siquiera.
Sabios en escoger en verano la sombra más fresca,
en invierno, el calor de nuestros cuerpos dormidos.
Andaban por la casa dejando una estela
de inaprensibles briznas de oro o nácar.
Cuántas veces nos quitaron nuestro sitio,
que era también su lugar favorito,
y nosotros, reyes destronados y enormes,
fuimos a acomodarnos –es un decir–
en el más incómodo asiento de la casa.
Cuántas veces sosegaron nuestra angustia
con ese rumor que vibra en su garganta.
Les dimos cuanto quisieron;
lo aceptaron ellos
con la majestad de quien nada ha pedido.
Y a veces nos poseía la extrañeza
de haber metido en casa una fiera terrible,
una fiera armada de garras y de dientes
que con lengua de lija peina su seda al sol.
Al fin murieron:
apenas un suspiro
y quedó de ellos un jirón de piel suave, casi nada,
sigilosos y dignos
en la muerte como en la vida.
Así fueron nuestros gatos
y aún ahora,
muchos meses después,
de vez en cuando,
encontramos
un pelillo de seda en nuestras ropas.

ESTEBAN VILLEGAS, *Vida cotidiana*, 1995

Un gato

En el jersey negro que acabo de ponerme he encontrado uno, dos hilillos de oro. Tomo uno de ellos entre los dedos –no me resulta fácil porque, pese a su delicadeza, la fibra se adhiere con fuerza a la lana del jersey, como si estuviera entrelazada con ella– y lo observo. Si mi vista fuese mejor o pudiera observarlo con una lente de aumento, ya sé lo que vería con toda nitidez: la fibra dorada no es de un solo color, sino que tiene tres tonos, el rubio dorado oscuro, el blanco y, entre uno y otro, un suave color crema tan delicado que resulta difícil distinguirlo. Son las rayas que tenía Tris-Tras, que murió hace ya cuatro meses. Su capa de gato europeo dorado aparentaba estar hecha de pelos de distinto color pero, en realidad, cada uno de sus pelillos repetía en miniatura el dibujo de la piel del gato entero.

Cada dos por tres encontramos, todavía, sus huellas por la casa: un pelo que se adhiere a nuestra ropa o que aparece en un cojín del sillón; el engan-

chón que hizo con sus uñas en la mejor colcha de nuestra cama, una colcha que ella mullía como quien ordeña, antes de dar tres vueltas sobre sí misma y acomodarse en la parte más confortable; la aparente suciedad de la parte baja de la mesa resulta ser la marca de la grasa de su pelaje y, de repente, la recordamos frotando su mejilla, su cuello y su lomo contra esa pata del mueble, marcando el territorio que ella tenía como suyo, un territorio en el cual nosotros vivíamos de prestado, como huéspedes bienvenidos o, mejor dicho, bien tolerados.

La primera vez que pasó esto fue en un viaje transoceánico. Llegué al hotel por la tarde, aproximadamente a la misma hora en que había salido del aeropuerto de origen (el avión había luchado infructuosamente contra los husos horarios y nos encontrábamos en el mismo punto de partida de un día larguísimo), y al abrir la maleta lo primero que vi fue una hebra de oro incrustada en mitad de la solapa del traje de chaqueta que pensaba ponerme en la reunión de trabajo más formal de mi estancia. Me hizo gracia que Tris-Tras, que se había quedado en casa, me hubiese acompañado hasta el otro lado del Atlántico, representada por aquella hebra que parecía de seda. Tomé el pequeño filamento y lo deposité con cuidado en un pliegue de los gruesos cortinones de cretona que cerraban la ventana: quería dejar ahí aquel recuerdo de un animal que allí nunca estuvo ni esta-

ría, una presencia virtual. Tal vez siga aún en el mismo sitio.

A lo largo de los años, hemos ido sembrando el mundo con menudos rastros de Tris-Tras. Los hemos llevado encima sin sentirlos y los hemos diseminado por aviones, trenes y autobuses, en nuestro coche, en la calle, en los comercios, en las butacas de los cines y en los sofás de las casas de nuestros amigos; desde allí un ejército de desconocidos los transportaron consigo, sin darse cuenta, hasta muy lejos, a unos lugares en donde nunca estuvimos; algunas hebras doradas han llegado hasta el mar, otras se han perdido en los bosques por cuyos senderos hemos paseado sus portadores. Las hebras sedosas –cada una de las cuales tiene tres colores sutiles, como teñidos a propósito– se habrán esparcido por rincones lejanos de un mundo globalizado. Es lo que queda de Tris-Tras, ahora que ella ya no está. Ese animal se marchó dejando el mundo lleno de pelos.

Seguimos repitiendo, sin querer, los viejos gestos, ahora innecesarios: dejar todas las puertas un poco entreabiertas para que Tris-Tras pueda circular libremente por la casa, porque los gatos no soportan verse encerrados en una habitación. Tener cuidado de cerrar bien las ventanas, no sea que se vuelva a precipitar desde un segundo piso, como ya pasó una vez; y nos da un vuelco el corazón cuando pensamos que ahora ya podemos tener las ventanas abiertas de

par en par: esa libertad nuestra recién adquirida nos deja una sensación de vacío y un regusto triste. A la hora de costumbre pensamos «tengo que ponerle comida y agua limpia», para caer en la cuenta de que no hay ya a quien dar de comer ni de beber. Y a veces, cuando pasamos ante la puerta de cualquier habitación, echamos una ojeada para comprobar dónde está el gato, que ya no está.

Murió con la dignidad con que saben morir los animales. Delicada como era, tuvo el detalle de morir un día en que estábamos todos en casa: no en uno de tantos días de diario en los que cada cual marchaba a su trabajo y Tris-Tras se quedaba sola, disfrutando de los múltiples cojines, sillones y alfombras a su servicio; hubiera sido un dolor haber regresado del trabajo y haberla encontrado enferma, agonizando o quizás ya muerta. Pero no: murió un sábado por la mañana, dándonos tiempo a despedirnos y a verla marchar.

La noche anterior había estado como siempre, jugando con nosotros –gata anciana que todavía era capaz de jugar, que perseguía hilitos por la alfombra o deshilachaba con vigor las tapicerías, afilándose las uñas en todos los sillones–, había comido y bebido igual que cualquier día y se había arrellanado en nuestro regazo mientras descansábamos sentados en el sofá. Nos extrañó que, al levantarnos y subir las persianas, no saliera, como solía, a saludar al sol con

maullidos entusiastas. Tuvimos que buscarla y la encontramos escondida debajo de una mesa, con los ojos cerrados y una debilidad de muerte; contra su pulcra costumbre, había hecho sus necesidades sobre la alfombra.

Cuando la sacamos del rincón, las patas apenas la sostenían, pero casi arrastrándose fue a buscar otro rincón oculto. Mala señal: los animales se acochan para morir, como si supieran que uno muere solo y lo mejor en ese momento es evitar cualquier compañía.

La tomamos en brazos para meterla en el cajón de transporte y apenas pesaba; su cuerpecillo peludo tenía la consistencia de uno de esos horribles aditamentos de peletería que en tiempos se ponían las señoras en torno al cuello: un bicho muerto y curtido –visón, marta o zorro– con ojos de cristal, que incomprensiblemente se llevaba como adorno.

Se dejó introducir en el cajón de transporte pasivamente, sin resistirse como otras veces, y se ocultó en el fondo como si quisiera esconderse. Durante el tiempo de espera en la consulta del veterinario pareció espabilarse un poco: se dio la vuelta y nos miró, con una extraña serenidad, a través de los barrotes; llegó a maullar con energía –con su energía habitual: un maullido autoritario y exigente– pidiendo que la sacásemos de allí. Un perro con la pata escayolada se acercó a husmear, pero fue enseguida retirado por su dueña. Nosotros aguardábamos con el corazón enco-

gido y no sabíamos qué temer más: si que aquél fuera el día de su muerte o el inicio de un calvario de tratamientos, operaciones y curas, para morir unos días, unas semanas, unos meses después. Un animal tan viejo tiene ya pocas oportunidades.

Apenas dio tiempo a que el veterinario la reconociera superficialmente, aventurando el diagnóstico de un tumor que se palpaba en el vientre, bajo la capa de piel aún espesa y sedosa, pese a la edad. Esperando para hacerle unas pruebas empezaron las convulsiones. No había nada que hacer. El papel que firmamos entre lágrimas ponía «Autorización de eutanasia compasiva».

Nos dieron a elegir entre marcharnos y dejarla en las manos piadosas del veterinario o quedarnos hasta el final. Elegimos estar presentes, aún no sé si para ofrecerle una imposible compañía en el momento de la muerte o para no quedarnos con la incertidumbre de cómo había sido ese último instante, qué le hicieron.

Todo fue fácil: una vía en la vena para inyectar primero un sedante (estaba tan débil, tan incapaz de sostenerse, que resbalaba sobre la superficie pulida de acero inoxidable de la mesa de operaciones y la patita de la vía se le quedó en una posición inverosímil, como la de un peluche descoyuntado), un ligero vómito de aquella comida que le habíamos dado la noche antes sin saber que era la última vez que comía, una inyección y nada más; ni siquiera un suspiro, un

estertor o un movimiento; sólo un reguerito dorado de pis que manó suavemente y se extendió por la camilla. El veterinario, profesional, auscultó el cuerpo menudo, que había quedado en la mesa de operaciones despatarrado boca abajo, en una posición parecida a la que adoptaba para refrescarse en verano cuando hacía mucho calor. «No oigo el corazón, ya está», nos dijo. La acariciamos y la miramos por última vez: parecía un trapito mojado, pero sus ojos abiertos tenían la misma expresión y el mismo color de ámbar de siempre, no enturbiado por la muerte.

Llorosos, no pudimos no pensar que una muerte así, tan fácil, también la querríamos algún día para nosotros.

De vuelta en casa, hubo que recoger, lavar y empaquetar sus cosas para subirlas al trastero. El lavado iba adquiriendo un sentido ritual, de rito de paso, como si el agua lustral del grifo, a medida que corría, tuviese el poder purificador de irse llevando nuestra pena.

En todos los rincones de la casa empezamos a encontrar cosas que eran suyas; no nos habíamos dado cuenta de que tuviera tantas. Siempre pensamos que los animales no poseen nada, que todo lo que tienen es nuestro, pero entonces nos dimos cuenta de que es al revés: muchas de las cosas que creemos nuestras son, en realidad, suyas, desde el momento en que ellos las usan y para nosotros no tienen ya ninguna utilidad.